



PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS EN COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI.

MADRID, 6 DE JULIO DE 1882.

NUM. 25.

SUMARIO.

1 y 3. Vestido de batista cruda.—2 y 21. Vestido de fular Pompadour y velo crema.—4 y 5. Pantalones zuavos.—6 y 7. Cuello y puño de oficial.—8 y 9. Cuello y puño de punto de Venecia.—10 y 11. Cuello y puño de lino plegado.—12 y 13. Cuello y puño de batista.—14. Fichú.—15 y 16. Dos tapacorsés.—17. Cenefa para pañuelos.—18. Almohadon redondo.—19 y 20. Vestido de velo doble y surah.—22. Traje para señoritas.—23 y 24. Traje de surah azul.—25 y 26. Traje de visita.—27 y 38. Vestido de velo doble y seda Pompadour.—28 y 29. Dos sombreros de jardín.—30. Peinado de teatro.—31. Peinado de baile.—32. Sombrero Rembrandt.—33. Vestido para niñas de 4 á 6 años.—34. Vestido para niñas de 2 á 4 años.—35. Manteleta de siciliana.—36. Abrigo de viaje.—37. Vestido para señoritas de 14 á 16 años.—39. Traje para niñas de 7 años.—40. Traje para niños de 6 años.—41. Vestido de crespón.—42. Traje para niñas de 10 años.

Explicacion de los grabados.—Cuentos de antaño: Los Fuegos fatuos, por D. Dionisio de Nogales-Delgado y Rendon.—La Vida real: apuntes para un libro (continuacion), por D.^a María del Pilar Sinués.—Dos Angeles (continuacion), novela vulgar, por don Eusebio A. Escobar.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicacion del figurin iluminado.—Sueltos.—Advertencia.—Soluciones.—Geroglífico

Vestido de batista cruda.—Núms. 1 y 3.

Para la explicacion y patrones, véase el número I, figuras 1 á 9 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Vestido de fular Pompadour y velo crema. Núms. 2 y 21.

Véase la explicacion en el *recto* de la *Hoja-Suplemento*.

Pantalones zuavos.—Núms. 4 y 5.

Núm. 4. De percal, guarnecido de una tira bordada y de un encaje grueso. Una cinta va pasada por encima del encaje.

Núm. 5. Es de percal, y va guarnecido de entredoses y guipur antigua. Cinta y lazos.

Cuello y puño de oficial.—Núms. 6 y 7.

Esta forma de cuello se llama de oficial. Nuestro modelo, así como el puño, es de nansuk bordado á la máquina, y va adornado con lazos flotantes de cinta.

Cuello y puño de punto de Venecia. Núms. 8 y 9.

Este cuello, así como el puño, es de punto de Venecia y va guarnecido de cintas.

Cuello y puño de lino plegado. Núms. 10 y 11.

El cuello y el puño son de lino plegado, como indica el dibujo.

Cuello y puño de batista. Núms. 12 y 13.

Cuello y puño son de batista y van adornados con dos dobladillos hechos al punto de vainica.

Fichú.—Núm. 14.

Este fichú es imitacion de punto de Venecia y forma por delante una magnífica guarnicion figurando conchas.

Dos tapa-corsés.—Núms. 15 y 16.

Núm. 15. Es de percal y va escotado en cuadro y adornado de entredoses bordados y bullones de nansuk. En el borde superior, entredoses y tira bordada.

Núm. 16. Va escotado en cuadro, con o



1.—Vestido de batista cruda. Delantero. (Véase el dibujo 3.) (Explic. y pat., núm. 1, figs. 1 á 9 de la Hoja-Suplemento.)

2.—Vestido de fular Pompadour y velo crema. Delantero. (Véase el dibujo 21.) (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

3.—Vestido de batista cruda. Espalda. (Véase el dibujo 1.) (Explic. y pat., núm. 1, figs. 1 á 9 de la Hoja-Suplemento.)

HEREDEROS DE LA BIBLIOTECA DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

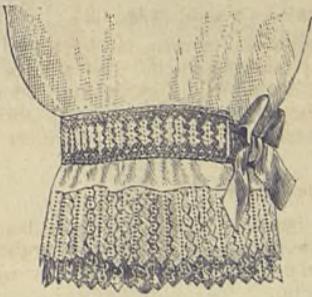
Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal

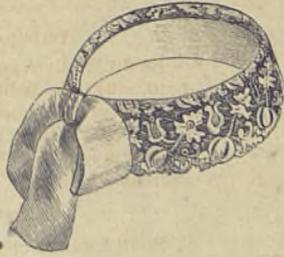


Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador



4.—Pantalon zuavo.



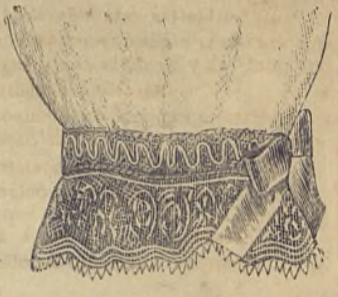
6.—Cuello de oficial.



14.—Fichú.



8.—Cuello de punto de Venecia.



5.—Pantalon zuavo.

el anterior, y adornado con bullones, entredoses y encaje estrecho. Una cinta estrecha va pasada por el entredos.

Cenefa para pañuelos.—Núm. 17.

Para hacer esta cenefa, se pasan sobre el hule los contornos del dibujo.

Se cosen luégo sobre el hule unos galoncillos de medallones y un galon igual al que se usa en el encaje inglés. Para las barretas, se tienden unas hebras yendo, y se las rodea viniendo. Se ejecutan los puntos de encaje con hilo fino; se adorna el contorno de la cenefa con un galon de piquillos, y se aplica el encaje sobre un fondo de linon fino.

Almohadon redondo.—Núm. 18.

Este almohadon, que sirve para viaje ó para colgarlo del respaldo de un sillon y reclinar la cabeza, va cubierto de felpa color bronce, adornada ántes con un bordado, que se ejecuta al pasado *entrelazado*, con seda color de aceituna y marron de varios matices. Las venas van hechas al punto atras. En los lados del almohadon se fijan unos cordones de seda, cuya costura va tapada con un cordon tambien de seda.

Vestido de velo doble y surah.—Núms. 19 y 20.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. VII, figuras 35 á 42 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje para señoritas.—Núm. 22.

Para la explica-



7.—Puño.



10 y 11.—Cuello y puño de linon plegado.



9.—Puño.



12 y 13.—Cuello y puño de batista.

medio. Corpiño alto en punta larga, con mangas hasta el codo, guarnecidas de encaje blanco.

Espalda: Falda redonda, sobre la cual cae un paño de raso, muy recogido y muy hueco.

Vestido de velo doble y seda Pompador.—Núms. 27 y 38.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. VI, figuras 32 á 34 de la *Hoja-Suplemento*.

Dos sombreros de jardin.—Núms. 28 y 29.

Núm. 28. Sombrero de paja gruesa azul, ribeteada de terciopelo azul oscuro fruncido y adornado con un lazo grande de terciopelo del mismo color. Un velo grande de tul, guarnecido de encaje, cubre todo el sombrero, cae sobre el rostro y se anuda por delante como unas bridas.

Núm. 29. Es de paja gruesa marron, negra y encarnada, y va guarnecido de flores campestres, amapolas, espigas, margaritas y follaje. Un velo grande de gasa rojiza va echado sobre el sombrero y anudado por detras sobre el rodete.

Peinado de teatro.—Núm. 30.

Estilo Luis XV. Es á propósito para señoritas. Por delante, los cabellos son cortos, van recogidos, rizados y sujetos con alfileres ó horquillas de concha. Por detras, los bucles van graduados de manera que conserven la forma de la cabeza y terminan sobre el cuello, yendo adornados con un ramito de margaritas.

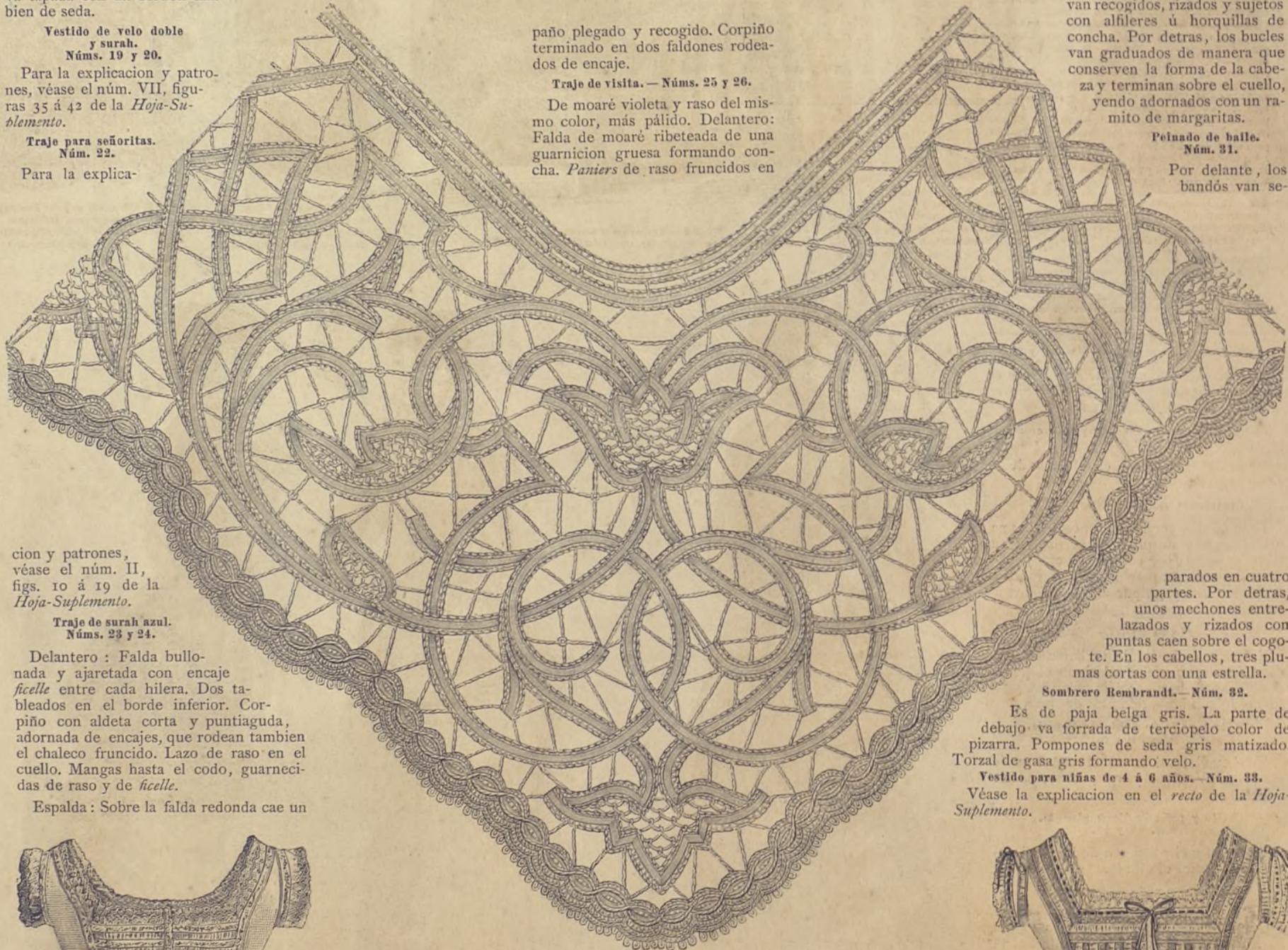
Peinado de baile.—Núm. 31.

Por delante, los bandós van se-

pañó plegado y recogido. Corpiño terminado en dos faldones rodeados de encaje.

Traje de visita.—Núms. 25 y 26.

De moaré violeta y raso del mismo color, más pálido. Delantero: Falda de moaré ribeteada de una guarnicion gruesa formando concha. *Paniers* de raso fruncidos en



17.—Cenefa para pañuelos. (Encaje inglés.)

cion y patrones, véase el núm. II, figs. 10 á 19 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de surah azul.—Núms. 23 y 24.

Delantero: Falda bullonada y ajaretada con encaje *ficelle* entre cada hilera. Dos tableados en el borde inferior. Corpiño con aldeta corta y puntiaguda, adornada de encajes, que rodean tambien el chaleco fruncido. Lazo de raso en el cuello. Mangas hasta el codo, guarnecidas de raso y de *ficelle*.

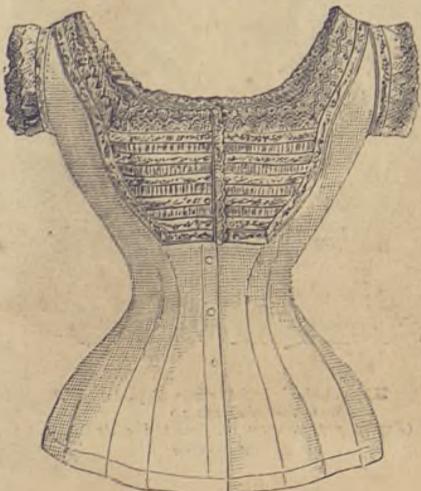
Espalda: Sobre la falda redonda cae un

parados en cuatro partes. Por detras, unos mechones entrelazados y rizados con puntas caen sobre el cogote. En los cabellos, tres plumas cortas con una estrella.

Sombrero Rembrandt.—Núm. 32.

Es de paja belga gris. La parte de debajo va forrada de terciopelo color de pizarra. Pompones de seda gris matizado. Torzal de gasa gris formando velo.

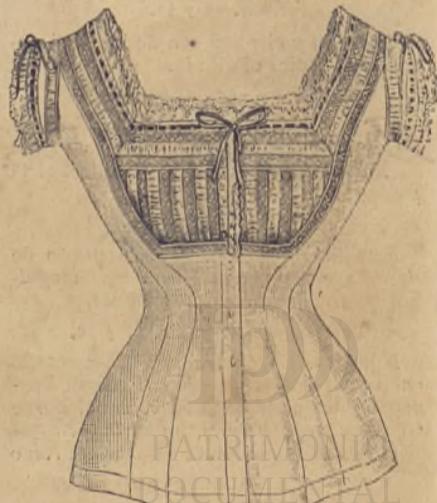
Vestido para niñas de 4 á 6 años.—Núm. 33. Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.



15.—Tapa-corsé.



18.—Almohadon redondo para respaldo de sillon ó para viaje.



16.—Tapa-corsé.

Vestido para niñas de 2 á 4 años.—Núm. 34.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, figuras 22 y 23 de la *Hoja-Suplemento*.

Manteleta de siciliana.—Núm. 35.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. III, figuras 20 y 21 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo de viaje.—Núm. 36.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. V, figuras 24 á 31 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para señoritas de 14 á 16 años.—Núm. 37.

Véase la explicacion en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

Traje para niñas de 7 años. Núm. 39.

Levita ajustada, con pliegues huecos por detras y guarnecida de un bordado blanco, que cae sobre un tableado doble. Bolsillo y cuello redondos, con bordados. Sombrero-calesa de paja clara, adornado de un lazo azul y de una pluma blanca.



19.—Vestido de velo doble y surah. Delantero. (Véase el dibujo 20.) (Explic. y pat., núm. VII, figs. 35 á 42 de la Hoja-Suplemento.)



20.—Vestido de velo doble y surah. Espalda. (Explic. y pat., núm. VII, figs. 35 á 42 de la Hoja-Suplemento.)



22.—Traje para señoritas. (Explic. y pat., núm. II, figs. 10 á 19 de la Hoja-Suplemento.)

Traje para niños de 6 años.—Núm. 40.

Es de lanilla beige y terciopelo encarnado. Vestido ajustado, que cae sobre un tableado ancho. Las aldetas del vestido van guarnecidas de terciopelo y botones. Un cinturón, que forma tres pliegues, va sujeto con tres correas de terciopelo. Sombrero marino, adornado con cintas encarnadas y beige.

Vestido de crespón.—Núm. 41.

Se le hace de crespón blanco ó muselina de seda blanca, y va guarnecido de encaje pintado y lazos de raso encarnado. Vestido princesa, con cola recogida por detras y adornado con un volante ancho, formando cañones de órgano, y un tableadito de raso. Un encaje forma vueltas en los costados. Delantero de falda compuesto de volantes de encaje, con lazos de raso. En el pecho va una guarnicion plegada de muselina ó crespón, y otra guarnicion de encaje formando conchas.



23.—Vestido de velo doble y seda Pompadour. Espalda. (Véase el dibujo 38.) (Explic. y pat., núm. VI, figs. 32 á 34 de la Hoja-Suplemento.)



21.—Vestido de fular Pompadour y velo crema. Delantero (Véase el dibujo 2.) (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



23 y 24.—Traje de surah azul. Delantero y espalda.



25 y 26.—Traje de visita. Delantero y espalda.



28.—Sombrero de jardín.

Este vestido constituye un elegante traje de casa.
Traje para niñas de 10 años.—Núm. 42.
Vestido recto, plegado por delante, de la-
nilla color de nùtria. Cinturon con lazo flo-
tante de raso marron. Cuello grande frun-
cido en el escote, con un cuellecito vuelto.



33.—Vestido para niñas de 4 á 6 años.
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



30.—Peinado de teatro.

CUENTOS DE ANTANO.

LOS FUEGOS FATUOS.

Atravesando un valle circundado de
agrestes montañas, que parecian querer
ocultarlo á los codiciosos ojos de los ár-
abes fronterizos; cortado por un apacible
riachuelo, en cuyos tersos cristales que-
brábanse los últimos rayos del sol ponien-
te, mientras las aves hendian el espacio
en busca de sus nidos y los rebaños vol-
vian al redil, caminaban lentamente, aun-
que con la rienda suelta, dos corceles an-



32.—Sombrero Rembrandt.



31.—Peinado de baile.

daluces, tan escasos de edad como sobrados de bríos.
Oprimia el robusto lomo del potro overo una dama;
jóven como la misma juventud, hermosa como la her-
mosura misma, de tez alabastrina, cabellos rubios, que
se derramaban, á la manera de una cascada de oro líqui-
do, por un cuello de cisne; ojos cuyo fulgor no logra-
ban amortiguar dos cercos de larguísimas pestañas, y
labios que, por lo frescos, parecian un capullo de rosa,
por lo encendidos, un ascua de fuego.
En la mano derecha, cubierta por un guante de ám-
bar, llevaba un tagarote con pihuela y caperuza, mién-

tras que abandonaba desnuda la izquierda
á un gallardo doncel que cabalgaba á su
lado sobre el cuatralbo más hermoso que
ha pacido nunca á orillas del Guadalquivir.
Ella se llamaba Blanca de Hiestrosa, y
era la hija única de un honrado caballero
que, despues de haber guerreado contra



34.—Vestido para niñas de 2 á 4 años.
(Explic. y pat., núm. IV, figs. 22 y 23 de la
Hoja-Suplemento.)



29.—Sombrero de jardín.



35.—Manteleta de siciliana.
(Explic. y pat., núm. III, figs. 20 y 21
de la Hoja-Suplemento.)

36.—Abrigo de viaje.
(Explic. y pat., núm. V, figs. 24 á 31 de la
Hoja-Suplemento.)



39.—Traje para niñas de 7 años.

40.—Traje para niñas de 6 años.

41.—Vestido de crespón.

42.—Traje para niñas de 10 años.



37.—Vestido para señoritas
de 14 á 16 años.
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

38.—Vestido de velo doble y seda Pompadour.
Delantero. (Véase el dibujo 27.)
(Explic. y pat., núm. VI, figs. 32 á 34 de la
Hoja-Suplemento.)

los moros por espacio de treinta años, durante los cuales ganara muchas y honrosas cicatrices, pero muy pocas doblas zahenes, se había retirado a su torre-solar, informe caseron, á traves de cuyos tejados se filtraba el agua de las nubes, cuyas ventanas, desprovistas de vidrieras, no oponían obstáculo alguno al cierzo, y cuyos muros, abrumados bajo el peso de su venerable ancianidad, amenazaban venirse al suelo el día ménos pensado.

El se llamaba Pedro Ximenez de Urrea; apénas había llegado al quinto lustro de su vida, y era un poderoso rico-hombre, dueño de toda la comarca, sobre la cual ejercía más autoridad que el mismo soberano de Castilla; en suma, uno de aquellos reyezuelos del feudalismo, que no reconocían en el monarca superioridad, sino primacía, le disputaban no pocas prerrogativas y se atrevían á imponerle condiciones para prestarle vasallaje.

A pesar de su calidad, Pedro era bueno, sensible, generoso y bravo; lo decían á voces su rostro moreno, siempre risueño y alegre; sus ojos de mirada franca y tranquila, sus labios, entreabiertos de continuo por la sonrisa; la energía de sus ademanes y la impetuosidad de sus palabras.

Las familias del viejo hidalgo y del jóven infanzon estaban ligadas por los vínculos de un parentesco que, si bien lejano ya, todavía había servido de título para que la ley confiase al primero la tutela del segundo, huérfano desde la más temprana edad.

Criados bajo un mismo techo, Pedro y Blanca se amaban con ese amor sincero y profundo que nace en la cuna y muere en el sepulcro. Desde que comenzaron á balbucear las primeras palabras, habían hecho comunes para ambos las penas y los placeres de cada cual, confiándose mutuamente sus pensamientos y complaciéndose en apretar el lazo que unía sus dos almas, de tal manera que llegó á serles imposible vivir separados un solo momento.

Al verlos siempre juntos, tomábanlos por hermanos los que no los conocían, y los que los conocían aseguraban que habían de hacer la más linda pareja del mundo arrodillados ante un retablo y teniendo enfrente al capellan del castillo con la mano levantada en actitud de echarles la bendición.

Y era verdad: habían nacido, como se dice vulgarmente, el uno para el otro. Pedro se desvelaba por satisfacer, más aún, por prevenir los antojos de Blanca. El educaba los potros que ella había de montar y los alfaneques con que había de cazar; la acompañaba á la iglesia, llevando el cojin sobre que había de arrodillarse; se adelantaba para darle el agua bendita con que había de humedecer su frente; le presentaba la mano para que en ella apoyase su menudo pié cuando había de cabalgar; templaba el laud que había de tañer; vestía sus colores, y en suma, no tenía otro pensamiento, otro afán, otro placer que el de agradaarla.

Por su parte, Blanca luchaba sin desventaja en aquel perpétuo combate de amor. Obra de sus manos eran las bandas de seda recamadas de oro que Pedro lucía en las justas y torneos; sobre su seno virginal habían vivido un día las flores que Pedro llevaba á los labios, y sujetado más de una vez su blonda y perfumada cabellera las cintas con que Pedro adornaba el pomo de su estoque toledano.

Sabido esto, sería ocioso decir, porque haría bien se colige, que á pesar de todos sus arreos venatorios, los dos jóvenes no iban hablando de cetrería, sino de sí mismos.

—¡Pedro! — exclamó Blanca exhalando un profundo suspiro—hace tres días que me atormenta una idea espantosa, un presentimiento horrible. El corazón me dice que voy á perderte para siempre, si sales con tus huésteres á esa algarada.

—Nada temas, ángel mio — contestó el mozo, á quien hizo sonreír de orgullo y de placer la amorosa inquietud de la niña; — tu amor me hará invulnerable á las lanzas enemigas.

Blanca no supo qué responder, pero llevóse el pañuelo á los ojos para enjugar las lágrimas que los arrasaban.

Pedro permaneció silencioso un instante, viéndola llorar; pero luego tomóle la mano y exclamó:

— Blanca, Blanca mia, Dios me es testigo de que por ahorrarte una sola lágrima daría cuanto tengo; mis estas, mis riquezas, la vida que fuera preciso; todo, todo... excepto la honra; pero debo marchar, y marcharé mal que nos pese á entrambos. El Rey me llama y he de mostrarme digno de mi apellido, porque ningún hidalgo que de tal se precia puede excusarse de desnudar su espada cuando llega la ocasión. ¿Quieres que los nobles de Castilla, al notar que mi pendon señorial no ondea entre las filas del ejército, pregunten en sôn de burla por el paradero de Pedro Ximenez de Urrea? ¿Quieres que digan, con despreciativa sonrisa, que prefiero dormir en mullido lecho, beber hipocrás al lado del fuego, y solazarme con cantigas de trovadores, á arrostrar las fatigas y los peligros de la guerra? ¿Quieres que añadan, encogiéndose de hombros, que, mientras ellos manejan el montante y espolean el caballo de batalla, yo me escondo tras el brial de una dama ni más ni ménos que un juglar bellaco y mal nacido?

Blanca levantó los ojos llenos de lágrimas, y los fijó en el enardecido rostro de su amante.

— No — dijo haciendo un heroico esfuerzo sobre sí misma; — vé donde el deber te llama: tu honra es ántes que mi felicidad.

Y al acabar de pronunciar estas palabras, rompió á llorar amargamente.

— Blanca — repuso el doncel con acento de dulcísima ternura — no llores, porque tu llanto me entristece. ¿A qué atormentarnos con esos funestos agüeros de desdicha? Volveré sano, salvo y cubierto de gloria. Ten fe en Dios y en Marisanta, su madre.

— ¡Oh! sí, la tengo, Pedro; pero también la tengo en mi corazón, que no me ha engañado jamás. ¿No te anuncia el tuyo mal alguno?

— No, alma mia, ninguno, porque lo único que pudiera temer sería que con la ausencia se entibiase tu cariño, y eso....

— ¡Oh, eso es imposible, Pedro mio!

— ¿Nunca me olvidarás, Blanca?

— ¡Olvidarte! Antes que tal aconteciera, se volverían atrás las aguas del arroyo que corre á nuestros piés, y se apagaria el sol que ahora nos alumbraba. Como te he amado hasta aquí, te amaré mientras conserve una gota de sangre en las venas y un soplo de vida en el pecho. ¡Tuya ó de nadie! ¡Lo juro por mi alma!

— ¡Bendita seas! — exclamó el mancebo con efusión y cubriendo de besos la mano de su amada. — Fio en tu palabra como en la palabra de Dios, porque sé que no puedes engañarme. Con la ayuda del cielo volveré vencedor, para poner por alfombra de tus piés las enseñas granadinas que gane en la jornada; volveré, y un día despues de mi vuelta, Blanca de Hinestrosa será la rica-hembra de Urrea.

— ¡Ah, Pedro! — contestó ella moviendo tristemente la cabeza — tus palabras son gratas á mi oído, pero no llegan hasta mi corazón; halagan mis deseos y mis esperanzas, pero no consiguen disipar las dudas y los temores en que siento anegada el alma. ¡Si una lanza mora atravesase tu pecho! ¡Oh, Dios mio, si no volvieras!

— Volveré, te lo juro á fe de cristiano y caballero. Te he prometido volver, y aunque perdiese la vida en la batalla, volvería del otro mundo á cumplirte mi palabra.

Partió Pedro con sus mesnadas á la guerra, y Blanca quedóse aguardándole en la torre-solar de Hinestrosa; pero pasó un día y otro sin que aquél volviera ni enviara mensajero alguno con noticias suyas para la pobre niña, que agonizaba de temor y de impaciencia.

En vano trataba de tranquilizarse á sí misma y de explicarse satisfactoriamente tardanza y silencio tales, porque cada vez se sentía más triste, más inquieta, más desesperada.

Aquella temprana flor, ántes llena de frescura y lozanía, estaba ahora mustia y marchita. Movía á compasión ver cómo había palidecido hasta la lividez aquel rostro tan sonrosado en otro tiempo; cómo en torno de aquellos ojos, cuyo brillo había apagado el llanto, se abrian dos hondos surcos violáceos, que acusaban cien noches de insomnio y de agonía.

Cañido el cuerpo con un luengo monjil, y cubierta la cabeza con una toca negra, permanecía horas enteras asomada al ajimez más alto de la torre, contemplando el sitio por donde partió Pedro, acaso para no volver jamás.

Inútilmente pedía noticias á cuantos pasajeros cruzaban por delante de la torre; ninguno se las daba, ninguno sabía el paradero ni la suerte del rico-hombre de Urrea.

Una tarde en que, como de costumbre, escudriñaba con la vista el camino de la frontera, creyó distinguir á lo lejos una nube de polvo, que hizo latir su corazón y brillar sus ojos con indescriptible alegría. Inclínose sobre el alféizar del ajimez, como si quisiera arrojarle por él, y tras un momento de terrible incertidumbre, convenciónse al fin de que no la había engañado el deseo. Levantaba aquella polvareda un tropel de jinetes armados de punta en blanco, que, espoleando sus caballos, descendieron de la sierra, cruzaron el arroyo y enderezaron hacia el castillo de Urrea por medio de la pradera que, como un inmenso tapiz de esmeralda, se extendía al pié de la torre de Hinestrosa.

Los últimos rayos del sol, que se hundía en el ocaso, arancaban mil chispas de sus bruñidos arneses, y la brisa precursora del crepúsculo agitaba levemente las cámaras de sus yelmos y los pendoncillos de sus lanzas.

Blanca, que á duras penas contenía los latidos de su corazón, lanzó un grito supremo, y, anegada en lágrimas, cayó de rodillas para dar gracias al cielo. Había reconocido el pendon verde y rojo de los Urreas; pero no había observado que el escudero de Pedro traía su caballo de batalla y su lanza; el caballo, del diestro, y la lanza, con el hierro hacia el suelo, en señal de luto.

En el primer choque de las huestes castellanas y granadinas, una saeta enemiga salió al encuentro de Pedro y derribólo moribundo del caballo; pero ántes de que exhalase su postrer aliento entre los borbotones de sangre que arrojaba por la herida, incorporóse trabajosamente sobre el codo, y clavando las ya vídriosas pupilas en el rostro de su escudero, que se apresuraba á socorrerle, exclamó con débil acento:

— García, ya lo ves, la muerte se me acerca á grandes pasos; no me restan sino algunos momentos de vida, y es preciso aprovecharlos. Oye bien lo que á mandarte voy, y cuida de cumplirlo como leal que eres. Si los moros cejan y os abandonan el campo, despues de reunir la mesnada, recoge mi cadáver y parte con él, sin dilación, para el castillo de Urrea. Quiero reposar al lado de mis mayores y en la tierra que me vió nacer; ¿lo entiendes?

— ¡Oh! sí, señor — sollozó García, procurando restañar la sangre que brotaba del pecho del rico-hombre.

— Es inútil — dijo éste sonriendo con amargura al observarle; — no trates de detener una vida que se me escapa por instantes, sino de grabar en tu memoria mis palabras. En cuanto llegues á Urrea, busca á Blanca y dile que he muerto como bueno, con la espada en la mano y frente al enemigo. Dile que mi último pensamiento ha sido ella, mi última palabra su nombre, mi último deseo cumplirle la palabra que le hice. Le juré que volvería; y ya que no pueda vivo, volveré muerto; pero volveré.

García continuaba de rodillas, con el rostro entre las manos y escuchando, á pesar de que Pedro había callado ya; pero como durase mucho aquel silencio, y no oyera la angustiosa respiración del herido, enjugóse las lágrimas y miró. El jóven infanzon tenía blancos los labios, rígidos los miembros, inmóviles los ojos; su herida ya no manaba sangre; había muerto, en fin.

El último señor de Urrea recibió sepultura, como él mismo había dispuesto, al lado de sus mayores, que, por una costumbre de familia, extraña en aquellos tiempos, se

enterraban en el patio inmediato á la capilla del castillo, y no dentro de ella, según solían todos los nobles castellanos.

Era una noche de primavera, clara, serena y tibia como todas las de Mayo; la brisa saturaba el espacio de aromas y murmullos, mientras la luna, flotando entre jirones de plata, oscurecía la luz de las estrellas, que brillaban con el centelleo de los diamantes sobre la azulada bóveda del cielo.

Al resonar el primer canto del gallo, la puerta de la torre solar de Hinestrosa se abrió sin ruido, para dar paso á una mujer, que, rebozada en un manto negro, descendió lentamente por el sendero del valle, cruzó el arroyo y se dirigió al castillo de Urrea.

Llegado que hubo á él, lo rodeó hasta dar con una porterna abierta en el muro del Oeste, por la cual penetró, cerrándola tras sí.

Aquella mujer, que tenía en su escarcela una llave con que abrir el postigo más importante de la fortaleza, era la desventurada Blanca, que iba á orar todas las noches sobre la tumba de su amante.

— ¡Pedro! — gemía de rodillas y regando con sus lágrimas un pedazo de tierra, sobre el cual no crecía el césped de que estaba alfombrado todo el resto del patio. — ¡Tú me prometiste volver, y el que empeña su palabra debe cumplirla, porque quien la acepta no la olvida jamás! ¡Tú me juraste volver, y sin embargo, no has podido cumplir tu juramento! ¡Bien me lo decía el corazón! ¡Ay de mí, ya no te veré más!

Y clavó sus ojos en el suelo con desgarradora expresión. En aquel mismo momento, y como si viniera á contestarle, brotó de la tierra una llamarada cárdena y fosfórica, parecida á esas luces movedizas y humeantes que en las tinieblas de la noche corren sobre las fétidas aguas de los pantanos.

— ¡Jesus mil veces! — exclamó llena de terror poniéndose en pié y retrocediendo algunos pasos.

Pero la llama corrió hacia ella, como impelida por una fuerza misteriosa.

Entónces Blanca sintió que su corazón dejaba de latir, que un sudor glacial bañaba su cuerpo, que se erizaban sus cabellos, se entrechocaban sus dientes, y que un vahido trastornaba su cabeza de tal modo, que, á no apoyarse en la pared, hubiera venido al suelo.

Durante aquel breve espacio en que la abandonó el conocimiento, figuróse que la llama se agitaba, se dilataba, y creciendo cada vez más, perdía poco á poco su forma y su color hasta convertirse en un hombre.

Aquel hombre, envuelto en un sudario ménos blanco que su rostro, desgarrado el pecho por una profunda herida, que manaba sangre, era Pedro, que con acento cariñoso, pero tristísimo, le decía:

— Detente, Blanca mia, detente; soy yo, que vuelvo á tu lado, como te prometí; me acusabas sin razon, pues ya ves que ni aún en el otro mundo he olvidado mi promesa. Esta llama en que me escondo es la llama de tu amor, que me consume todavía. Dios me ha permitido que venga á verte; pero ¡ay, Blanca! me ha sujetado también á una ley que no puedo eludir. He de acercarme á tí mientras me huyas, pero me he de alejar si tratas de tocarme.

— ¡Oh, no, no, Pedro mio! — exclamó Blanca recuperando sus fuerzas, pero no su razon — ¡yo te amo! ¡Espera, espera! Y avanzó hacia la llama, que se mecía en el aire, con los brazos abiertos y como si esperara estrechar en ellos el cuerpo de su amante.

Pero apénas hubo dado un paso, la llama se alejó con la misma velocidad que se acercara.

— ¡Ah! — exclamó la pobre niña, presa de la alucinación y del delirio — ¿huyes, huyes de mí? ¿No me amas ya? ¡Espera, espera!

Y seguía avanzando con las manos extendidas; pero la llama huía sin cesar delante de ella.

Blanca redoblaba sus esfuerzos, aceleraba el paso, poniendo en alcanzarla empeño tan insensato como sería el de dejar atrás su propia sombra.

— ¡Ah! — suspiró al fin, cayendo al suelo extenuada de dolor y de cansancio — ¡no me ama ya! ¡Dios mio, no me ama!

Y cerró los ojos para no volverlos á abrir jamás.

Algunas noches despues, en aquel mismo sitio, dos lenguas de fuego, dos llamas azules, medrosas é inquietas, brotaban de la tierra y se elevaban para retorcerse, enlazar y confundirse en una sola.

Aquellas dos llamas salían de las sepulturas de Pedro y de Blanca, que dormían juntos el sueño de la muerte; y al decir de los soldados de Urrea, que nunca habían oído hablar de *fueros fatuos*, eran las almas de ambos amantes, que se acariciaban en el espacio.

DIONISIO DE NOGALES-DELICADO Y RENDON.

LA VIDA REAL.

APUNTES PARA UN LIBRO.

X.

Valentina á Cecilia.

Toledo, Setiembre de 1876.

Tienes una razon clara y un talento nada vulgar, y sin embargo, á los primeros amagos del dolor tiembles y buscas apoyo.... No es esto, Cecilia, lo que yo esperaba de tí.

Nuestras madres, si bien mucho más prosaicas, entendían la vida práctica mejor que nosotras: somos más proensas que ellas al culto de lo bello, y, por lo mismo, ménos pacientes para soportar la prosa de la vida, que nos parece fea y que ofende nuestros nervios delicados.

Todas las penas de que te quejas las sufrían las mujeres de la anterior generacion con tranquilidad, con pacien-

cia, si llegaban á un grado de dolorosa intensidad; la esposa amaba al esposo por sus cualidades y le dispensaba sus defectos; le respetaba sinceramente, y él la consideraba como á la señora de su hogar y á la dulce y virtuosa compañera de su vida.

Pero, mi querida hermana, de veinte años acá, las ideas han variado, y rebelarse contra lo que la costumbre ha establecido es inútil y peligroso: soporta con valor las contrariedades de la vida; no te quejes de las penas pequeñas, que á nadie compadecen, por la sola razon de que todos las sufrimos, cada día con más valor, porque cada día nos persuadimos más de que son ineludibles. Saber sufrir, saber esperar, son dos grandes cosas, que nos hacen mucho bien y que nos conquistan la aprobacion de todos.

Ante todo, Cecilia, es preciso *saber lo que se quiere*; fija bien la base del problema, y su solucion se hará más fácil y más clara cada día. ¿Quieres pasar tu vida en condiciones normales, estimada de propios y ajenos, siendo la digna y amada compañera de un hombre honrado y que posee el aprecio de todos? Entónces soporta á tu marido tal como es, acepta sus defectos, y sin renunciar á variarle despacio, dulcemente, di en el fondo de tu alma y de tu conciencia: «*Quiero y debo amarle tal como es, y aunque no varíe en nada.*»

Te planteo claramente esta cuestion, porque, á mi parecer, de los primeros meses de matrimonio depende el porvenir; si no pones firmes cimientos á tu dicha, ésta vendrá al suelo, y si se desploma despues de mucho tiempo de angustias y de martirio, y cuando ya los años hayan agotado las ilusiones y las esperanzas, serán muy tristes los que áun te queden que vivir sobre la tierra.

Pensemos, pues, Cecilia, no en el presente, sino en el porvenir; el presente, á pesar de tus aprensiones, es riente y florido: hagamos el porvenir tranquilo, y sembrémos para recoger una cosecha abundante de paz y de ventura.

Escúchame sin asombrarte: los asombros son inútiles ante las profundas y dolorosas verdades de la vida: Antes que abnegacion, antes que todo, la mujer necesita tener talento; no el talento artístico, que crea un libro, un cuadro ó un poema lírico, sino el talento de la vida, el útil y verdadero talento: pocas mujeres le poseen, y por eso son escasas las uniones dichosas.

No creas que tu marido ha de ser para tí un eterno y rendido amante: no pienses que ha de darte él toda la ternura de que tu alma está sedienta, y que no has hallado en tu propia familia. Ámale tú con cuanta ternura te sea posible; pero no esperes que él te ame del mismo modo: el corazon del hombre es ménos apasionado que el nuestro, y ademas, Roberto no se halla ya en la primera juventud; pero si le amas con el entusiasmo de la tuya, entónces serás dichosa, porque es áun mayor ventura amar que ser amada.

Huye del desencanto, y para esto no compares jamas á tu marido, ni con otros hombres, ni con lo que era él mismo ántes de unirse á tí; miralo sólo á la luz del día presente y á la mejor luz que el amor te pueda prestar; porque una vez en la pendiente del desencanto, se va tan deprisa, que parece se dan pasos de gigante; el primer pensamiento amargo que se disimula, germina en el alma y produce ramificaciones cuyo resultado es incalculable. La confianza huye; las palabras de doble sentido, esas fatales palabras *intencionadas*, llegan á los labios y traen discusiones que terminan siempre en disgustos, y éstos en cuestiones graves. Las paces se hacen al principio con facilidad. Pero ¡ay! ¡los relámpagos han iluminado ya con su luz siniestra aquel cielo tan negro! Aun se ve de vez en cuando la bóveda azulada.... Brilla alguna estrella.... Todavía un bello rayo de la luna de miel se escapa de una nube henchida de tempestades.... Pero muy pronto se envuelve el cielo en densa oscuridad; los astros se ocultan, y la esperanza huye para jamas volver....

Evita con cuidado, mi amada Cecilia, el primer disgusto; está siempre en un temple de alma dulce é igual, y persuádate de que Roberto te quiere con toda su alma. Las cualidades de su alma podrán ser inseguras y fluctuantes. ¿Qué hombre puede atribuirse á sí mismo con razon un espíritu viril? Los hombres, con todas sus pretensiones de fuerza, son más débiles que nosotras, puesto que no saben vencerse como nosotras nos vencemos. Roberto vale más que otros muchos, porque podrá tener un carácter desigual, sombrío y hasta injusto algunas veces, pero las cualidades de su corazon y de su inteligencia son altísimas, son de nobleza incomparable.

Hay en tu union con él una condicion segura de dicha; por mucho que tú valgas intelectualmente, y estás muy por encima del nivel de tu sexo, Roberto te iguala en la comprension, y felizmente te aventaja en la cultura del espíritu; y digo *felizmente*, porque no puedes imaginarte, Cecilia, qué gran elemento de desgracia es el que la mujer sea superior á su esposo. Hasta hoy, los hombres, sin saberse explicar bien la rebelion de su amor propio, decian que «para mujer propia es la mejor la más tonta.» Pero no es ésta la forma adecuada á su pensamiento, puesto que las tontas y las superficiales les aburren grandemente; lo que deben decir, lo que quieren, es que la mujer no les aventaje ni en cultura ni en entendimiento, lo cual les impone el deber de mejorarse, porque la mujer adelanta cada día más en el terreno del *pensar*, aunque se haya estacionado, y áun retrocedido, en el del sentir.

Ten cuidado, hermana mia, de hacerte fuerte contra el amor de tí misma, es decir, contra el egoismo; nada es más péfido que esta adhesion al propio sér, porque su fruto amargo es la injusticia; y nada hay tan noble, tan digno de la mujer, como ese divino amor que halla su bien en la dicha de los otros, es decir, en el deber cumplido.

Mucho tiempo pasará quizás ántes de que esta página, donde mi pensamiento escribe una leccion de amor, se despliegue por completo ante tus ojos; hay palabras que parecen sencillas apénas escuchadas en el momento en que se pronuncian ó se escriben, pero de las cuales la influencia durable y profunda es una prueba de que tienen su origen en la eterna verdad.

¡Quiera Dios que así sean las mias para tí, mi querida Cecilia! Aprende á sufrir por los tuyos, á amar á tu familia,

á interesarte por todos los que sufren; una vez aprendida la gran leccion de amar y de vencerse, una vez grabada en el fondo del alma, ella supera todas las dificultades de la vida é ilumina sus más sombríos misterios.

Mas esta sublime leccion no se aprende en medio de los placeres de una vida brillante é inundada del sol de la dicha; sólo en el silencio del dolor, sólo en el recogimiento de la idea, es como adquirimos esa ciencia divina que enseña á amar y á perdonar, ó lo que es lo mismo, á sufrir; y este gran precepto de la vida, fecundado por nuestras lágrimas, nos da un día frutos llenos de dulzura, que saboreamos con una alegría apacible, nacida de la radiosa serenidad del alma.—*Valentina.*

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Se continuará.)

DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,

POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

(CONTINUACION.)



con ese bellissimo rubor que da el cariño á la inocencia, salió de su cuarto corriendo, y al llegar al salon, se sentó al piano y empezó á tocar precipitadamente un vals.

Sus ojos habian vuelto á brillar con la misma alegría de siempre, y sus labios dibujaban la más encantadora de las sonrisas. El céfiro de la esperanza y del amor habia impulsado la bruma de sus celos, y sereno mostróse otra vez á su corazon el cielo de la dicha.

¡Pobre Mercedes!

Más de una hora estuvo tocando el piano, dirigiendo frecuentes miradas á la puerta, por la que esperaba ver aparecer á Enrique; y, ya impacientada, se levantó, y acercándose á un precioso velador, se puso á hojear distraidamente un álbum, en cuya ocupacion la sorprendió su madre, que entraba en aquel momento.

Doña Justa habia decidido, de acuerdo con su marido, ocultar á Mercedes el mayor tiempo posible la resolucion adoptada.

Inspirada por una idea llena de generosidad, habia proyectado un plan en que sacrificaba tal vez una parte del cariño que su hija la profesaba, pero que seria ménos doloroso al corazon de Mercedes que hacerla ver desnuda la triste realidad.

¿De qué sacrificios no es capaz una madre para evitar el más leve sufrimiento al hijo de sus entrañas?

¿Qué dolor no acogerá con gusto si este dolor puede dar la alegría ó la ventura al sér que idolatra?

¡Una madre! Palabra que ella sola constituye un poema; palabra que trae á la mente lo más santo, lo más noble, lo más desinteresado que hay sobre la tierra.

¿Dónde podrá encontrarse amor como el amor de madre?

El es la síntesis de todos: de él parten los más hermosos actos de abnegacion; de él las más sublimes pruebas de la inmensa bondad que puede encerrar el corazon humano.

Pero ¿qué vamos á decir nosotros del más puro de los sentimientos, que no sea pálido, débil, incorrecto? ¿Cómo va á encontrar nuestra pobre pluma una forma digna de tan elevada idea?

El espíritu la abarca; la mente la comprende; el corazon la domina; pero no existen frases para expresarla; la imaginacion no halla galas bastantes para vestirla.

Se acercó D.^a Justa á su hija, encubriendo bajo una sonrisa forzada su disgusto, y despues de hablar algun tiempo de cosas indiferentes, la dijo:

—¿Sabes, hija mia, lo que hemos dispuesto?

—¿Qué, mamá?

—Emprender un viaje.

—¡Un viaje, ahora, que va á entrar el invierno! ¿Y por qué?

Doña Justa no sabia qué contestar: poco acostumbrada al engaño, se hallaba en un verdadero apuro; pues aunque llevaba estudiado lo que iba á decir á su hija, se le olvidó todo en el momento de empezar.

Mercedes miraba fijamente á su madre, como queriendo adivinar en su fisonomia el pensamiento que la dominaba.

—Pues sí, hija mia — siguió diciendo D.^a Justa; — hemos decidido dar un paseo por el extranjero.

—¿Por el extranjero? — preguntó sorprendida Mercedes.

—Sí.

—Pero eso se llevará á cabo cuando.... ya sabes.

—Y una bellissima llamarada de rubor subió al rostro de Mercedes.

Iba á decir «cuando me case»; pero, sin saber por qué, la dió vergüenza pronunciar estas dos últimas palabras.

—No, hija mia, va á ser ántes: pasado mañana salimos, al amanecer, para Francia: los asuntos de tu padre exigen allí su pronta presencia, y como yo no quiero que se separe de nosotras, nos vamos todos al mismo tiempo; aprovechamos esta necesidad para dar el paseo tanto tiempo hace proyectado.

—Pero.... y Enrique ¿vendrá tambien?

—No está aún decidido; pero creo que no: ya tú sabes las muchas ocupaciones que tiene....

Mercedes permaneció silenciosa; una idea cruzó por su mente, que, vaga sospecha al principio, fué fijándose más y más á medida que hablaba su madre.

—Mira, hija mia — prosiguió ésta pasando su brazo por la cintura de Mercedes y atrayéndola sobre sus rodillas; — no ignoras que, tanto tu papá como yo, te queremos muchísimo y no apetecemos más que tu dicha; ahora bien, hemos pensado, ya que nunca has salido de Madrid, que llevemos á cabo, ántes de tu matrimonio, un viaje de placer, que te va á divertir mucho.

Tú verás: iremos primero á París, la más hermosa ciudad del mundo, la que tiene más magníficos paseos, mejo-

res teatros; viviremos en uno de los más brillantes hoteles, y asistiremos á las reuniones más aristocráticas.

Luégo nos dirigiremos á Florencia, Milan, Venecia, Roma y Nápoles; es decir, daremos una vuelta por Italia, que es el país más poético, el más templado, el que tiene más hermoso cielo....

Al llegar aquí, interrumpió Mercedes á su madre con el llanto más desconsolador que habia brotado nunca de sus ojos.

Desde el principio habia visto una desgracia para ella en aquel proyecto de viaje; desgracia que al pronto no calculó dónde llegaría. Pero, á medida que su madre hablaba, iban sus temores de la noche anterior tomando más cuerpo que nunca; su corazon se agitaba violentamente, y, por último, no pudiendo resistir por más tiempo, apoyó la cabeza en el hombro de D.^a Justa y rompió á llorar.

Esta quedó desconcertada: creía que la pintura que estaba haciendo del viaje producía el efecto apetecido, y aquellas lágrimas demostraban suficientemente que habia sucedido todo lo contrario.

—Pero, hija mia, ¿qué es eso? ¿qué tienes? — dijo abrazándola.

—Es inútil que me ocultes nada, mamá: dime lo que sucede: ¡que yo lo sepa todo!

—Si no ha sucedido nada....

—¡Sí, sí! Ese viaje no es más que con el objeto de separarme de Enrique.... y yo soy la primera que quiero que se efectúe; pero ántes.... ¿lo oyes, mamá? ¡ántes quiero saberlo todo!

Y aquel ángel seguía llorando con tal amargura, que hubiera conmovido el corazon más indiferente, cuanto más el de una madre, y una madre como D.^a Justa, que adoraba á su hija.

No pudo, pues, tampoco ella contener sus lágrimas, y por espacio de algun tiempo no se oyó más que el ruido de los sollozos.

—¡Hija de mi alma! — dijo al fin, viendo que su sacrificio iba á ser inútil, — ¿cómo he de decirte yo lo que te va á ser tan sensible?

—Sea lo que fuere, quiero saberlo; si no, voy á creer lo primero que se fije en mi imaginacion, y esto me hará mucho más desgraciada. Luégo.... vamos á cualquiera parte; no me importa el sitio; todos me son iguales.

Viendo D.^a Justa que, en efecto, en la situacion en que se hallaban, era imposible disimular por más tiempo, se decidió á referir á su hija el relato que Enrique le habia hecho por la mañana, y la decision adoptada por D. Pedro respecto á Blanca.

Las lágrimas habian desaparecido de los ojos de Mercedes, y, hijos intensamente en los labios de su madre, no perdía una de las palabras que brotaban de ellos; palabras que iban arrancando de su alma la última esperanza, la última ilusion.

Al concluir, quedóse en la misma postura, como si no fuera bastante lo que habia oido, como si quisiera que áun se desgarrara más su corazon con nuevas heridas.

Luégo se levantó, y como si estuviera resignada con su suerte, dijo:

—Sí, esa es la conducta que debe seguir: hace cinco años que ella cifra su felicidad en ser su esposa, y yo no puedo, no debo oponerme. Vamos, sí; salgamos fuera de Madrid; mañana mismo, si puede ser.

—Sí, hija mia, en seguida — asintió D.^a Justa; — voy á prepararlo todo; pero no te apesadumbres, no te desesperes: tú eres muy jóven y todavia puedes ser muy feliz. ¿Quién no tiene pesares que sufrir en este mundo?

—No me desespero — dijo Mercedes con voz apagada; — tanto, que voy á mi cuarto á prepararme para el viaje.

Y abrazando á su madre, salió precipitadamente del salon.

Doña Justa quedó un momento confusa y tristemente impresionada; pero se rehizo pronto y se dirigió tambien á dar sus órdenes para el viaje, murmurando ántes:

—Sí, la separacion es lo único que puede hacerla olvidar algo el desengaño que ha sufrido.

Mercedes entró en su cuarto, como hemos dicho, y al encontrarse sola en él, dió rienda suelta á sus sentimientos, mal comprimidos hasta entónces.

Tristísimos suspiros se escaparon de su pecho, que, agitado, levantaba la tela que le cubria; de sus ojos brotó un mar de lágrimas, que no pensó en contener, y presa su alma de celos y desesperacion, se dejó caer de rodillas al lado de su casto lecho, de aquel lecho en que tantos ensueños habian acariciado su mente, en que tantas ilusiones habia forjado para el porvenir.

En las blancas telas que lo cubrian hundió la desconsolada niña su ardorosa cabeza, y allí, como última despedida á sus más risueñas esperanzas, estuvo trayendo á su mente todos los momentos pasados al lado de Enrique. Se trasportaba al día en que, arrastrado su carruaje por el desbotoque vertiginoso de los caballos, iba á estrellarse irremisiblemente, si no hubiera sido por el valor y generosidad de un jóven que, con peligro inminente de su vida, se lanzó á contenerlos. Luégo veía á aquel mismo jóven, tan valiente entónces, tímido á su lado, expresando sólo con sus miradas lo que sentia su corazon.

No paraba aquí el vuelo de sus recuerdos: se veía en el teatro, que retemblaba á los aplausos del público, que, delirante, pronunciaba un nombre; un nombre que era el que estaba grabado en su corazon: ¡Enrique, siempre Enrique!

Escuchaba despues dulces protestas de amor, envueltas en un aliento querido, que la embriagaba; le parecia estrechar su mano, y creía ver fijos en los suyos los ojos grandes, brillantes de pasion, de Enrique.

Volvia luégo la mente á la realidad, y entónces se aumentaba el torrente de sus lágrimas y crecía la amargura de sus sollozos.

¡Desgraciada Mercedes!

En aquella hora, en aquel mismo momento lloraba Enrique, apoyada su frente sobre la mesa, como última despedida tambien al amor que abrigaba su alma por la hermosa virgen.

¡Extraña coincidencia!

Casi las mismas palabras que pronunció Enrique fueron también las que murmuró Mercedes.

—¡Ah! es preciso olvidarlo, olvidarlo para siempre; pero — siguió diciéndose con creciente exaltación la niña — como yo le he jurado mil veces no ser de nadie á no serlo suya, voy á repetir mi juramento.

Y descolgando un pequeño crucifijo, que parecia extender sus brazos sobre el lecho, dijo, brillando en sus ojos un purísimo fuego:

—¡Si, vuelvo á jurar que, ya que no he podido ser la esposa de Enrique, no lo seré de nadie, de nadie en el mundo!

Y tranquila y resignada, al parecer, empezó á prepararse para el viaje.

A los dos dias salia para París la familia de Vargas.

EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

La gente feliz.—Baile de trajes de la Condesa de Contreras.—Baile de la Duquesa de Pomar.—Últimos lúnes del teatro de la Ópera.—Nuevas salidas de baile.—Dichoso el que tiene padre rico.—Diálogos.

Ballare è il sommo bene della gente felice, ha dicho no recuerdo qué poeta italiano. Así es en efecto: se necesita un corazón alegre, gozoso, para ir al baile; la sonrisa en los labios y la alegría en la mirada forman el más preciado adorno que una dama puede ostentar cuando asiste á este género de fiestas.

De lo dicho se deduce que las parisienses son dichosas, puesto que bailan sin cesar, olvidando que la primavera se aleja de nosotros y que llega el verano con su corona de abrasadores rayos. Al paso que vamos, se saldrá del baile para ir directamente á los baños de mar.

°°°

Un magnífico baile de trajes tuvo lugar la semana pasada en casa de la Condesa de Contreras de Bonilla, cuyo nombre de familia es Mlle. de Vaultier de Monyencourt. La Condesa de Contreras llevaba un traje estilo Watteau, azul y gris, falda de raso, corpiño con *paniers* y fichú de encaje, apuntado con rosas. En sus cabellos rubios, levemente empolvados, un ramo de rosas pálidas.

El Conde de Contreras vestia de español del siglo xv. Magnífico traje de raso y terciopelo, todo bordado de cuentas oscuras; el Toison de oro al cuello, la espada al cinto y el sombrero grande ornado por una pluma negra.

En las galerías que servian de salas de baile, llamaban la atención, entre otras damas: la Baronesa de Laugsdorff, de marquesa de la época Luis XV. Mademoiselle de Constantin, de campesina de Berry: falda corta de raso moreno, salpicado de trefles de terciopelo negro; fichú y tocado de raso gris perla, esmaltado de flores de colores. Las señoritas Smithson, dos lindísimas americanas, disfrazadas de Mascotte, con sus cabellos de oro flotando sobre el cuello. La Condesa de Plombaise vestia de marquesa época Luis XV. La Vizcondesa de Reiset lucia un traje negro sembrado de diamantes. Mademoiselle de Sardent iba vestida de pescadora: vestido rojo, corpiño de terciopelo negro y red grande llena de peces. Mademoiselle de Villars Blancas, en traje de capricho: falda amarilla, adornada con volantes de color marrón; corpiño y *paniers* marrón.

°°°

Los bailes de la Duquesa de Pomar son de los más brillantes y concurridos de París. Gran número de beldades y de intrépidos bailadores asistian al de la semana pasada. Merced á ellos, el cotillon estaba aún, á las tres de la mañana, en toda su fuga. La aurora, diosa matinal, cuyo ropaje posee tintas sonrosadas como las de un vestido de baile, al descender á la tierra acompañada de los acentos armoniosos de un baile de Strauss, debió sentir deseos de confundirse en el tropel vertiginoso de las parejas. Desgraciadamente, la pobre ninfa, precursora del rutilante Febo, es siempre mal recibida en la morada del placer; llega siempre demasiado pronto, y para no verla, ciérranse puertas y ventanas.

La Duquesa de Pomar, elegantísima, como de costumbre, vestia de negro, llevando al cuello varias sartas de perlas de una magnificencia incomparable. Madame de Resther, esposa del Ministro plenipotenciario de Baviera, llevaba un lindísimo traje de brocado azul celeste, brochado de rosas. La señora de Velasco iba de blanco toda: alta vestidura que hacia resaltar sus hermosos cabellos negros y sus ojos de azabache. La Condesa de Croy vestia de raso azul celeste, y Mme. Dupuy de Lôme, de negro. La Princesa de Troubetzkoi llevaba un magnífico vestido de moaré *flor de melocoton* cubierto de tul: cola de moaré con copos

de terciopelo, y diadema real con plumas blancas por encima.

* * *

En el teatro de la Ópera asistimos aún á algunos brillantes lúnes; pero son los últimos de la estacion. Dentro de poco la luz eléctrica no iluminará sino los sombreros redondos de las extranjeras y provincianas. Los espléndidos diamantes que deslumbran la vista y rivalizan con el resplandor de las arañas volverán á sus estuches, y las hermosas frentes que hoy los ostentan habrán abandonado París para volar á las playas del Océano ó á los desfiladeros de los Alpes ó de los Pirineos.

Pero ántes de llorarlas, admiremos la belleza y elegancia de las damas que asistian el lúnes pasado á la representación de *Francesca di Rimini*. Citaré en primer lugar la Condesa de Pourtales, en traje Regente: raso negro, iluminado por una diadema Proserpina, de puntas de diamantes. Un magnífico collar de perlas (preciosa innovacion) atravesaba el corpiño desde el hombro hasta la cintura, á manera de banda de la Orden de la Belleza.

La Princesa de Solms llevaba un frac de pastora Watteau, salpicado de gruesos ramos de rosas, sobre una falda de encajes blancos. La Duquesa de la Rochefoucauld Bisaccia lucia un elegantísimo traje de raso color de ámbur pálido, cubierto con tres volantes de encajes antiguos; corpiño-frac, con verdaderos ramos de diamantes. La Marquesa de Lambertye vestia de raso azul celeste; tocado compuesto de perlas finas prendidas con mariposas de rubis. La Princesa de Metternich iba vestida de gro de Tours negro, cubierto de encajes; margaritas de diamantes en las orejas.

°°°

Los fraques de brocado, sobrefaldas de encaje, continúan siendo los trajes preferidos por las señoras jóvenes para *soirées* y bailes. Faldas cortas, por supuesto, que permiten ver una parte del tacon del zapato.

Las salidas de baile para verano son muy largas; tienen la forma de las pellizas María-Antonieta (manteleta pegada á los paños de una túnica), y se hacen de raso cubierto de encajes. Bajo el encaje crudo se permite un trasparente color de cielo ó encarnado; pero lo más de moda es el raso color de pulga cubierto de encajes del mismo color. Blancas, color de crema y gris perla, estas salidas de baile ofrecen también el tipo de la elegancia primaveral y veraniega.

°°°

Un padre amonestaba á su hijo, culpable de varias calaveradas.

—Vamos, papá; tú también has sido joven y te habrás divertido como los demás—objetó el hijo.

—¡Nunca!—replica el papá con acento de melancolía. —Cuando yo era joven, no tenía un cuarto.... y cuando fui rico, era demasiado tarde.

°°°

Diálogo entre conocidos:

—Sobre todo, no diga V. á nadie lo que le acabo de confiar.

—No tenga V. cuidado; haré como usted.

°°°

Otro diálogo, para terminar:

—¡Señor, qué tonto soy!

—Es muy cierto.

—¡Caballero, V. me insulta!

—Entonces, ¿por qué lo confiesa V. mismo?

—Lo decia sin pensarlo.

—Pues yo lo pensaba sin decirlo.

X. X.

Paris, 2 de Julio de 1882.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.688.º.

(Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.ª, 2.ª y 3.ª edicion.)

Traje para niñas de 4 á 5 años.—Vestido de seda color de rosa y tiras blancas bordadas. En el borde inferior, una tira ancha de color de rosa y dos tableaditos. Una tira bordada y un encaje estrecho rodean el escote.

Traje color de bronce.—Falda y corpiño de lanilla bordada color de bronce. La parte inferior de la falda va ribeteada de un tableadito de seda del mismo color y un segundo tableado de lanilla. La sobrefalda es de raso maravilloso color de bronce y forma dos puntas; la de encima, bordada, y la de debajo, lisa. Tres cordoaduras de seda color bronce con bellotas adornan la sobrefalda. El corpiño-frac va abrochado con un solo corchete y unos cordones iguales á los de la sobrefalda. El chaleco alto es de raso blanco y va guarnecido de encaje. Mangas largas, bordadas en su borde inferior.

Traje de cuadros encarnados y tela «beige».—Falda redonda de tela de seda (ó bien de batista) de cuadros, ribeteada de dientes puntiagudos hechos de seda ó batista lisa, los cuales caen sobre un tableado de tela beige. La sobrefalda y

la faja son de tela lisa. Corpiño de tela de cuadros. Mangas largas, con carteras iguales á la guarnicion del borde inferior de la falda.

Este traje puede ejecutarse indistintamente de batista ó de tela de seda ó lana.

Exposicion Universal de 1878: Medalla de Oro, Cruz de la Legion de Honor. El AGUA DIVINA de E. COUDRAY, perfumista en Paris, 13, rue d'Enghien, es el producto por excelencia para conservar la juventud. También es el mejor preservativo de la peste y del cólera morbo. (Véase el anuncio en la cubierta.)

MADAME LACHAPELLE, profesora en obstetricia, recibe todos los dias, de tres á cinco, en la calle de Mont-Thabor, 27, á las señoras enfermas, estériles ó encinta, que deseen consultarla.

PARIS. Corsets pour les modes actuelles.—M^{me} de Vertus sœurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á las Sras. Suscriptoras cuyo abono ha terminado en 30 de Junio último, y gusten de continuar favoreciendo el periódico, tengan la bondad de pasar la orden para renovar sus suscripciones, á fin de que no experimenten retraso en el recibo de los números sucesivos.

El Administrador ruega igualmente á las Señoras Suscriptoras que, al dar el aviso para la renovacion, se sirvan acompañar á la carta una de las fajas impresas ó manuscritas con que reciben habitualmente el periódico.

SOLUCION AL GEROGLÍFICO

DEL NÚM. 21.

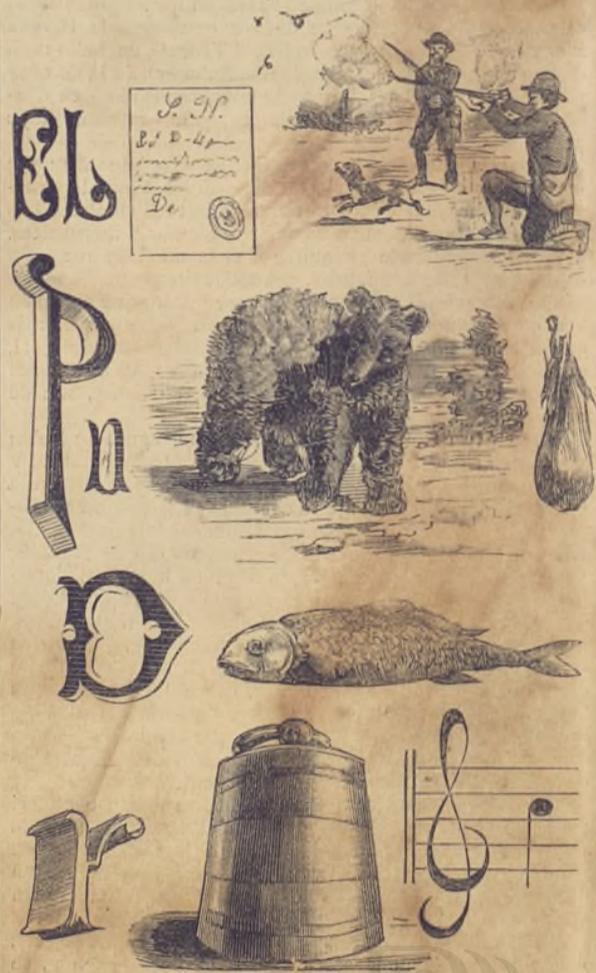
El amor es un marino;
El hombre, la tempestad;
El timon es el dinero,
Y la mujer es la mar.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.^a Matilde Fernandez Diaz.—Doña María Nuñez Muñoz.—D.^a Natividad Arce.—D.^a Sofia Rodriguez de Araujo.—D.^a Estanislao Prieto Pelaez.—D.^a Asuncion Gonzalez Santalla.—D.^a Angeles y D.^a Carolina Calvo.—D.^a Elodia Arenas Rodriguez.—D.^a Dolores y D.^a Pura Lopez Saavedra.—D.^a María R. Polo Lagunilla.—D.^a Arsenia Rodriguez.—D.^a Carmen Hontanón.—D.^a Concha Hernandez.—D.^a Plácida Edwards y Diston.

También hemos recibido de la Isla de Cuba solucion al Geroglífico del número 14, y al Salto de Caballo del número 15, de las Sras. y Srtas. D.^a Amalia Mallen y del Prado.—D.^a Rosa Velasco.—D.^a Mariquita Mallorquin.—Doña Pancha Sierra.—D.^a Dolores Fuerte de Barriga.

De la República del Uruguay nos han remitido solucion al Salto de Caballo del número 7, las Sras. y Srtas. D.^a María Mazariegos.—D.^a Conchita Estremado.—D.^a Guadalupe Cifuentes, y Renci B. Ramos.

GEROGLÍFICO



LA SOLUCION EN UNO DE LOS PRÓXIMOS NÚMEROS.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de París, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.^a (16, rue Suger, París).

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

MADRID.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, Impresores de la Real Casa. Paseo de San Vicente, 20.

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



P. Depaul

Paris, imp. G. Bachevalier & Co. Imp. G. Goussier, 25, r. St. Etienne.

1688^o

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12.ª pral

MADRID

Perfumeria de lujo Puerta de la Justicia, 15, r. de la Pava, Paris.

Foja Regente 13.ª y Corso Ana de Austria de Mme. de Vertus, 12, r. de Valenciennes, Paris.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA MODA